

7. LA MADRE DE MI SEÑOR

LUCAS 1.43

Pero, ¿cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme?

Cuando María supo que estaba milagrosamente embarazada, viajó para la casa de su pariente Elisabet, que vivía en una región montañosa de Judea (Lucas 1.39). Aunque no conozcamos la localidad con precisión, sabemos que eran necesarios tres días de viaje para salir de la ciudad de Nazaret y llegar a la región de Judea.

El texto bíblico no nos informa con quién María viajó, a pesar de saber que por lo menos una persona estaba con ella; más específicamente dentro de ella. Elisabet, llena del Espíritu Santo, también sabía de eso: “¡María, qué regalo es tenerte aquí con nosotros! ¿Cuál es la razón de este privilegio, de recibir en mi casa a la madre de mi Señor?” Fue por el hecho de Elisabet estar llena del Espíritu Santo, que pudo dejar de lado su sentimiento maternal que, naturalmente consideraría el propio hijo superior, para llamar al hijo de María de *Señor*.

El reconocimiento de que Jesús es el Señor es fundamental para nuestra salvación. Fue en este sentido que el apóstol Pablo escribió: *que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo* (Romanos 10.9-10). ¿Pero qué significa confesar que Jesús es el Señor?

La palabra *señor* tiene varios sentidos en español. Ella puede significar dueño, propietario, patrón, amo, persona que ejerce poder, aquel que tiene autoridad, hombre de edad, persona noble, entre otros. Y es entre estos otros significados que encontramos exactamente lo que el apóstol Pablo quiso decir con *confesar que Jesús es Señor*: reconocer que Jesús es Dios.¹

Nadie consigue confesar a Jesucristo como Dios si no fuera por el Espíritu Santo, enviado por el Padre a través del Hijo. Cierta vez, cuando Jesús y Sus discípulos se dirigían a las proximidades de Cesarea de Filipo, Él preguntó: *¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? Le respondieron: Unos dicen que es Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o uno de los profetas. Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?* Fue Pedro, el más impulsivo entre ellos el que respondió: *Tú eres el Cristo*. Entonces, Jesús explicó que esta declaración de Pedro no era basada en su propia inteligencia o astucia, sino que su origen estaba en otra persona: *Dichoso tú, Pedro,² porque eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo.* (Mateo 16.13-20; Marcos 8.27-30). Fue Dios quien lo llevó a entender eso.

Aunque la decisión de creer en Jesús no haya sido fundamentalmente intelectual, la percepción de Dios en la Historia es cognitiva. Usamos nuestro entendimiento, nuestra razón, nuestra memoria y también nuestra inteligencia para admitir hechos innegables, pues *desde la creación del mundo las cualidades invisibles de*

¹ *Señor*, en el texto del Nuevo Testamento, es la traducción de la palabra griega *Kyrios* (κύριος). Por su vez, la palabra *kyrios* es la traducción de la palabra *Yahweh* o *Javé* (יהוה – SEÑOR) del Antiguo Testamento, referencia al propio Dios (cf. Septuaginta). B. F. Westcoot, uno de los mayores eruditos del siglo XIX en griego, dijo que confesar a Jesús como Señor es reconocer Su divina soberanía (*The Epistles of St. John*, Cambridge: Macmillan, 1892, 142).

² El texto bíblico dice *Simón*, el nombre hebreo de Pedro. La intención de la mudanza aquí fue simplemente didáctica.

Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó (Romanos 1.20).

No hay forma de negar, por ejemplo, que todos los humanos son incapaces de tener una vida totalmente íntegra. No hay siquiera un hombre que no peque y, por eso, esté próximo de Dios para apreciar Su gloria (cf. Romanos 3.11-18). Entretanto, no hay inteligencia en el mundo que supere la distancia entre Dios y la humanidad.

Permíteme, por tanto, presentarte una buena noticia.³ Aunque no merezcamos, Dios tomó la iniciativa de rescatarnos de esta terrible incapacidad. Por medio del Espíritu Santo, Él nos da la certeza de que la Navidad de verdad celebra el nacimiento de Jesucristo y que por Su muerte y resurrección podemos disfrutar eternamente de la presencia de Dios. Todo eso con tan solo una condición: **creer en la persona y obra de Jesucristo**, es decir, creer en quién Jesús es y en aquello que Él hizo en nuestro favor.

María creyó en las palabras del ángel sobre su papel y sobre quién era su hijo.⁴ Por su vez, Elisabet, llena del Espíritu Santo, reconocía que Jesús era Dios. Ambas mujeres creyeron en Aquel que fue prometido por Dios por medio de los profetas del pasado, cuyo poder nos liberta de la condición de esclavos del pecado, ¡pues Él es Señor!

Es un hecho que todo eso, en la perspectiva humana, suena como locura. Ningún hombre o mujer, en sana consciencia, busca la verdad en la locura. Entretanto, si andas buscando discernimiento, ponderado los elementos de la historia y evaluado con sinceridad la persona y las obras de Jesús; entiende que tú, conscientemente o no, haz sido objeto de la acción de Dios.

Tu vida forma parte de la historia cuyo Señor es Jesús. Mi deseo y oración es que tengas consciencia de eso, pues solo por medio de este reconocimiento es que conseguirás disfrutar de la alegría y de las bendiciones de Él, con una Navidad de verdad.

*El malvado levanta insolente la nariz,
y no da lugar a Dios en sus pensamientos.
– David (Salmo 10.4)*

UNA ORACIÓN

“Señor Dios, es verdad que creer en esa historia parece insensatez. Todavía, estoy sinceramente en busca de la verdad y reconozco que necesito de Tu ayuda. No quisiera que la Navidad llegase sin que yo entienda mejor a respecto de Jesús y de mi lugar en esa historia. Amén.”

³ Buena noticia es el significado de la palabra *evangelio*.

⁴ Esto responde a la condición de la reflexión *María Ejemplar, Jesús Singular*. Una persona solamente puede decidir servir al Señor si la misma, antes, cree en la Palabra de Dios, que nos muestra con clareza la persona y las obras de Jesús en beneficio de la humanidad.